

sea considerado como una creación europea, en Estados Unidos, donde naturaleza y paisaje no son términos intercambiables, como indican A. Berrizbeitia, R. Hecht y A. Muñoz, se realizan dos importantes aportaciones a la cultura del paisaje que repercuten en la tratamiento actual de este concepto, que son el inicio de la protección de los paisajes naturales a partir de la creación del primer parque nacional y la inclusión de la naturaleza en el conjunto urbano, mediante la conservación en éste de grandes extensiones de áreas naturales, que actúan como elementos estructuradores de la ciudad.

A partir del texto de R. Rosenblum sobre la influencia que en la creación artística ha tenido lo sublime de la naturaleza, B. Dayer Galaty puntualiza como el tratamiento y significado de lo sublime, que también analiza con detalle I. Ábalos, fue evolucionando desde producto inicialmente europeo, a tema artístico propio, tanto figurativo como abstracto, a medida que la imagen de Norteamérica cambiaba desde una tierra virgen y primordial a un espacio colonizado y transformado por la acción humana.

Aunque los resultados obtenidos en los estudios del paisaje a lo largo de su historia sean impresionantes, carecerían de valor contemporáneo si no fueran válidos para resolver los problemas actuales que surgen en la interfaz de contacto entre las Ciencias Humanas y las de la Tierra. Las posibilidades de desarrollo de los estudios del paisaje en la actualidad se concretan, según se deduce de la lectura del libro, en tres ejes principales: Capacidad para efectuar análisis científicos del medio natural, posibilidades en la ordenación territorial o estudios medioambientales y significado patrimonial, que se asocia a la puesta en marcha del convenio europeo del paisaje. El análisis del paisaje tiene validez actual dentro y fuera de la Geografía, pues gestores y administradores del territorio, especialistas los diversos campos de ciencias de la Tierra, arquitectos y urbanistas se interesan por sus posibilidades metodológicas y técnicas.

Pero, además de la consecuencia de una determinada conciencia ambiental, de una metodología para realizar una ordenación territorial o de una técnica de cartografía ambiental, el concepto de paisaje está relacionado con la integración y adaptación del ser humano en el mundo que le rodea. Es la plasmación espacial del acaecer temporal del ser humano sobre el territorio que habita, que al interpretarlo o valorarlo, sin importar el grado de naturalidad o de humanización que tenga, se convierte en un reflejo de los sentimientos y valores humanos. En este sentido, el paisaje no puede ser ad-

crita a ninguna disciplina concreta. Es Ciencia, Sociología, Geografía y Arte a la vez porque está intrínsecamente unido al ser humano en cuanto a su vivencia sobre la tierra. La Geografía, por su posicionamiento intelectual entre ciencia positiva y cultura puede ayudar al entendimiento y desarrollo de todas las dimensiones del paisaje, pero éste la supera en riqueza conceptual y en contenidos.

En el momento actual la pervivencia y defensa del paisaje no consiste en la reivindicación de su estudio por parte de una disciplina o saber concreto, sino en la búsqueda del modo de aumentar la percepción, entendimiento y disfrute social e individual del paisaje. Las posibilidades de desarrollo que ofrece el convenio europeo del paisaje se consideran una garantía para la conservación del paisaje. El éxito de la aplicación de esta normativa depende de la amplitud de miras de los que trabajen en ella, de su capacidad de entender toda la extensión y profundidad del concepto de paisaje y de la habilidad para integrar a todos los que estén interesados en aportar algo para su desarrollo y divulgación social.— TERESA BULLÓN MATA

*Por los intersticios del paisaje**

El libro de 285 páginas y 99 fotografías, incluida la portada, debería leerse como fue escrito, a saltos, según la circunstancia del autor, del contenido y de la ocasión, y ahora la del lector. O de la lectora. Pero su autor, Joan Nogué, ha preferido agrupar los artículos por temas y así se pierde en frescura lo que no se gana en coherencia formal. Una coherencia que los textos no precisan porque hay un bajo continuo que los hilvana.

El libro se lee más deprisa de lo que anuncian sus páginas porque tiene una escritura fluida, sin los tropezones de las notas o la farragosidad de las citas, aunque no carece de referencias a lecturas oportunas, no diremos bibliografía que confirma lo dicho. O más despacio, por la sucesión de sugerencias que se pueden anotar al margen.

En cualquier caso se comprueba que también Joan Nogué, como Eduardo Martínez de Pisón y, supongo, tantas otras geógrafas y geógrafos llevan dos libretas o una con dos caras. O varias. Una prueba de que cuando

* NOGUÉ, Joan y RUSSO, María Rosa (2009): *Entre paisajes*. Àmbit Serveis Editorials, Barcelona, 285 págs.

se habla de paisaje no es fácil fluctuar entre lo material y lo simbólico, entre lo sensorial y lo sensible, entre la función y la contemplación, entre el estudio y la escritura. En fin, de que se impone la idea de tránsito de lo uno a lo otro porque no es fácil unir los campos académico y de vida, como si cada uno tuviera su propia vida. Algo que sí ocurrió en la Física, superar las divisiones de la Mecánica clásica.

Y no parece que sea por falta de conceptos pues las palabras y las ideas están ahí, en cualquier escala, ámbito o valor; en cualquier aspecto del campo o de la ciudad; lo indefinido, lo fragmentario, lo nuevo, lo viejo o lo decrepito; lo transitorio o lo estable. No por falta de ideas, sino por falta de confianza para admitir que no hay vacíos en el territorio, que el geógrafo y la geógrafa están condenados a mirar y a ver lo que hay. Y a interpretarlo. Claro, que está el lastre de la Geografía clásica, pero esta inercia es común a todas las disciplinas, que deben evolucionar cuando pierden los contornos nítidos, al mismo tiempo que el objeto de su estudio y el conocimiento de los estudiosos.

Hay dos aspectos destacables en este cambio, aunque quizá sean el mismo. Antes, digámoslo así, estaban claras la función, la forma y su ámbito territorial y no se indagaba más: la ciudad, el campo, la fábrica, los vecinos eran ante todo objetos ligados a la producción y a la reproducción. Y la sociedad fragmentada en clases en pugna por sus intereses. Función como actividad, relación social como conflicto o convivencia estaban bien perfilados para el estudio.

Hoy, en cambio, el signo lo ha invadido todo y el estudioso está obligado a fluctuar entre la producción y su espejo (Baudrillard al fondo). Nada es todavía lo que parece (un elemento distintivo de la Geografía) y, sobre todo, ya nada es sólo lo que parece. De ahí el interés en indagar sobre los flecos del territorio, del tiempo, de la sociedad. De las construcciones sociales en el límite. Y el reto de incorporarlas a un trabajo, no de libreta de página par e impar, sino de paginación continua cuya única salida es hacia la página en blanco.

Por eso, uno está más de acuerdo con la presentación de Daniela Colafranceschi que con la del propio autor. Aquella ve el conjunto sin interrupciones, éste todavía recuerda la lucha interior, Jacob y el Ángel, Abel y Caín, sensación e inteligencia. En fin, todavía duda entre salirse o no de la senda académica para explicarse de otra manera. Y, paradójicamente, la empresa la lleva a cabo Joan Nogué en el ámbito de la divulgación, como si la academia, los académicos y sus publicaciones no

estuvieran para sensibilizar y como si el lector, y la lectora, de prensa no pudieran seguir el estilo académico.

Alimentar el impulso de la escritura solo cuando se tiene algo que decir y tener un medio donde expresarse como el suplemento de un diario son dos buenos acicates para adentrarse en los paisajes intermedios o, como prefiere el autor, por los intersticios del paisaje en la sociedad actual. Así, si la lectora y el lector, tuvieran la paciencia de anotar las sugerencias, los detalles aparecería una lista interminable que muestra la importancia de las pequeñas cosas. Pero, por un momento, el de la lectura circunstancial de una colaboración de prensa, entonces también en un soporte efímero, la hoja de periódico, el texto nos recuerda que vivimos en un mundo de escalas encajadas, de planos temporales y espaciales demasiadas veces separados en la gestión, en la percepción y en la solución de conflictos. Ese instante nos acerca a detalles de suma trascendencia porque son consustanciales al territorio y a la sociedad que lo construye.

Los paisajes que saca a la luz Joan Nogué están ahí. A contraluz, de perfil, a la luz o a oscuras, inanes, contundentes, agresivos nos rodean sin, aparentemente, haber sido invitados. Eso los hace singulares, como si fueran excrescencias de funciones, planes y gestiones bien pensadas y realizadas. Y hay que tener ojo, alguna que otra lectura que sale a la luz muy oportunamente y buen criterio para fijar esos paisajes en el pensamiento de fondo sin caer en lo pintoresco, lo curioso o lo anecdótico. Que también está.

Pues sí, la Geografía también es eso y también debe estudiar esos paisajes y dar las claves para su comprensión y para su gestión. Aunque no se debe olvidar que la Geografía, el hecho geográfico y el paisaje forman parte del «tiempo sucio de la Historia». Por eso, en ocasiones da la impresión de que el autor mira y observa esos paisajes desde la orilla buena del proceso social y territorial. Y ahí lleva a la lectora y al lector.

Entonces, esto comporta dos riesgos: la voluntad salvífica suplanta a la búsqueda de la raíz de la contradicción y el cambio borra una referencia que se encontraba en un tiempo pasado. Ambas son adecuadas en el contexto por su contenido pedagógico y ético, aunque, en exceso, hurtan la complejidad ética de la actividad humana. Al fin y al cabo, a la Geografía le pasa lo que a la Medicina, muestran todo su valor cuando las cosas van mal. Es tranquilizador pensar que la corriente de la acción se detuvo en algún momento para fijar los principios éticos y los rasgos del paisaje, y desde entonces

hay paisajes que cambian a partir de una forma originaria y tienen diferentes valores.

Quizá, pero poco probable.

Las sugerencias del libro tienen la suficiente amplitud para que las fotos de María Rosa Russo formen un discurso al hilo del texto. Unas veces el encuadre, con su tendencia a cerrar la perspectiva, entonces a romper el discurso descriptivo y lineal de la panorámica limpia, mete el ojo en la contradicción, en el contraste o en la banalidad. Otras, las menos, el tema. Aunque reconocemos el objeto, éste no agota las posibilidades de expresión, que van saltando de una imagen a otra. María Rosa ha leído el libro o no, pero ha eludido ilustrarlo: flor donde dice flor, autopista donde dice autopista. Acertadas o no, las fotos muestran lo que está ahí, como las enumeraciones del texto.

En fin, primera, unos geógrafos no han roto con las amarras del productivismo y de los procesos más o menos pretéritos, cuando otros ya caminan por los intersticios del paisaje y las fluctuaciones del tiempo. Entre las lindes bien perfiladas de los paisajes clásicos. Segunda, la investigación geográfica se encuentra, en ocasiones, ante una ignominiosa barrera que impide la fluctuación entre las servidumbres de la academia y las posibilidades de divulgación. Y este libro es una muestra de que hay territorios de paisaje borroso y una necesidad social de comprender que no admiten límites entre ambas.—
TOMÁS CORTIZO ÁLVAREZ

*Cartografia històrica dels Països Catalans**

La *Cartografia històrica dels Països Catalans* constituye una obra de referencia fundamental dentro del campo de la historia de la cartografía española. Un campo en el que es posible encontrar parcelas muy bien cultivadas, gracias a la existencia de excelentes monografías sobre diversos temas de cartografía náutica, militar o catastral, pero falto de buenos trabajos generales de síntesis. Precisamente, este déficit es el que el autor ha intentado en este libro cubrir para el área de los Países Catalanes.

Se trata del fruto de un geógrafo, que, a lo largo de su intensa y variada actividad profesional se ha ido interesando progresivamente, al igual que muchos otros, por

la cartografía histórica, consciente de su extraordinario valor geográfico. Las primeras publicaciones del profesor Rosselló sobre este tipo de documentación datan, como mínimo, de finales de la década de 1980 y son el resultado de las investigaciones realizadas acerca del mapa del Reino de Valencia del jesuita F. A. Casasus. Desde entonces, el número de publicaciones suyas sobre esta temática ha ido creciendo año tras año. A título meramente orientativo se puede destacar la edición del libro *Les vistes valencianes d'Anthoine van den Wijngaerde (1563)* (1990) y su aportación al catálogo de la exposición *Portolans procedents de col·leccions espanyoles. Segles XV-XVII* (1995). Su labor en este campo del conocimiento geográfico también se ha extendido a la dirección de tesis doctorales, siendo el director, de forma conjunta con el medievalista Francisco Miguel Gimeno Blay, de la tesis doctoral de Ramon J. Pujades. Una tesis que es la base de la magna obra de este medievalista valenciano titulada: *Les cartes portulanes. La representació medieval d'una mar solcada* (2007).

El libro que nos ocupa aquí recoge, precisamente, una buena parte de la labor investigadora llevada a cabo por Vicenç M. Rosselló. A lo largo de ocho extensos capítulos se expone la evolución de la cartografía de los Países Catalanes desde la Antigüedad clásica hasta el inicio de la guerra civil española en 1936. El primero está dedicado a la cartografía del período clásico. Uno de los aspectos más destacados del mismo es el análisis del códice de Ripoll denominado *Geometría Gisemundi*, una copia medieval del siglo X de un manuscrito romano original del siglo IV.

Los dos capítulos siguientes, el segundo y el tercero, están dedicados a la cartografía medieval. En el primero se describe y analiza la variada y rica producción cartográfica de tipo no náutico realizada durante la Edad Media. De entre los diversos documentos cartográficos tratados, es preciso mencionar el esquemático mapa de la península Ibérica, contenido en la *Nomina Agrimensorum* (siglos IX o X), y en el que el Pirineo separa Hispania de *Wasconia* y el mar mediterráneo es denominado *Terreno*. Bastante más modernos son los mapas relativos al *Castrum d'Angularia*, que es un cartograma del término leridano de Verdú de 1268, a una acequia de Mallorca (1344-1346) o al valle valenciano de Albaida de 1499. Sin olvidar la información geográfica de los Países Catalanes, contenida en la *Tabula Rogerina*, obra del cartógrafo ceutí al-Idrīsī elaborada ca. 1154.

El tercer capítulo, dedicado a las «cartas medievales de navegar», constituye uno de los platos fuertes del li-

* ROSSELLÓ I VERGER, Vicenç M.: *Cartografia històrica dels Països Catalans*. Valencia, Universitat de València e Institut d'Estudis Catalans, 2008, 402 págs.